

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Mención de las Ciencias en Santo Domingo

Discurso del Lic. Pedro Troncoso Sánchez



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EDITORA TALLER
SANTO DOMINGO
REPUBLICA DOMINICANA
1984





**DISCURSO PRONUNCIADO
AL RECIBIR EL PREMIO ANUAL
DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS 1982**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



©. 1984, Propiedad del autor
Portada de Taller
Impreso en la República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Taller, Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

**DISCURSO PRONUNCIADO
AL RECIBIR EL PREMIO ANUAL
DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS 1982**

MENCION DE LAS CIENCIAS EN SANTO DOMINGO

A este homenaje desmedido y a estas desbordadas alabanzas del muy ilustre y muy digno Presidente de la Academia de Ciencias de la República, correspondo conmovido con esta escueta mención de las ciencias en Santo Domingo, desde los días coloniales hasta los días presentes.

Esta meritísima Academia de Ciencias así como la historia cabal de las ciencias en la América, tienen aquí, al par, el más glorioso antecedente, su punto de partida, porque este fue el asiento predilecto de Colón, primer hombre de ciencia de su época, autor de la máxima proeza científica de todos los tiempos, porque en verdad que el descubrimiento fue una extraordinaria gesta de las ciencias encarnadas en el genio navegante.

En esa increíble empresa, al descubridor le acompañan otros hombres de ciencia; y de qué alta categoría! En sus dos primeros viajes acompañó a Colón el avezado piloto y consumado cartógrafo Juan de la Cosa, y en el segundo viaje el médico sevillano Diego Alvarez Chanca.



primer observador y descriptor de la flora del nuevo mundo, vale decir, el primer botánico que pisó tierra de las Indias, y el jerónimo Fray Román Pané, el primer antropólogo, autor de las primeras noticias sobre las costumbres religiosas y artísticas de nuestros aborígenes; y el padre Boil, grande orador, traductor de una obra latina. En el cuarto y último viaje del descubridor viajó con él nada menos que su insigne hijo Fernando Colón, patriarca de los bibliófilos modernos. Las más asombrosas hazañas científicas de Colón en las tierras recién descubiertas fueron sus infalibles pronósticos de los eclipses de 1494, en la Saona, y de 1504, en la vecina Jamaica, que han pasado a la historia envueltos en los velos de la leyenda.

Por aquí pasaron eminentes hombres de ciencia, teólogos, juristas, médicos, gramáticos y los dos grandes cronistas que fundaron aquí la ciencia de la historia, Las Casas y Oviedo. Por aquí pasó uno de los grandes predicadores de España, Fray Alonso de Cabrera, y uno de los mejores naturalistas, el padre José de Acosta, y el docto médico Juan Méndez Nieto.

Aquí se produce, como señala Henríquez Ureña, basada en las ciencias de entonces, una de las grandes controversias del mundo moderno, la controversia sobre el derecho de todos los hombres y de todos los pueblos a gozar de libertad, porque España es el primer pueblo conquistador que discute la conquista, como Grecia es el primer pueblo que discute la esclavitud. Basta recordar que aquí se gestó el memorable sermón de Montesino, y valga señalar que Manuel de la Cruz, historiador de las letras cubanas. llamó LOS CIVILIZADORES a los dominicanos que emigraron a Cuba. Lo mismo podría decirse en Venezuela y Puerto Rico.

Nuestro pomposo dictado de Atenas del Nuevo Mundo se fundaba en el esplendor de la enseñanza universitaria, en el saber y la prédica de los conventos del Palacio Arzobispal, de la Real Audiencia, y de los sacerdotes, como el obispo humanista Monseñor Alessandro Geraldini.

Aquí, pues, la enseñanza de las ciencias siguió el ritmo de las universidades, sus repetidas vicisitudes: la Universidad de Santo Tomás



cierra sus puertas en 1801, bajo la dominación francesa, época en que el jurista dominicano Del Monte traducía el Código Napoleónico, en que el Dr. López de Medrano publicó en latín su tratado de Lógica y en que al catedrático Juan Vicente Moscoso le llamaban significativamente el Sócrates dominicano. En 1815 se reabre la Universidad bajo la docta rectoría de Núñez de Cáceres; se extingue, ya por largos años, en 1823, bajo el imperio de Boyer.

Pero en la ominosa noche haitiana hay al menos algún resquicio para la cultura, para las ciencias: las enseña el padre Gaspar Hernández, las difunde entre sus amigos el patricio Juan Pablo Duarte, en los libros que hacía traer de España. En los primeros años de la República es poco lo que puede decirse de las ciencias. Pero podría señalarse que Duarte, amante de las letras, de la poesía, también era hombre de ciencia. Los libros que poseía lo revelan: un tratado militar, un texto en latín, una geografía y otros graves libros; y lo dice su proyecto de Constitución, con su innovación de un Cuarto Poder del Estado, el Poder Municipal.

En los Apuntes de Rosa Duarte consta que su egregio hermano estudió filosofía, por el 1842, con el padre Gaspar Hernández. Pero es claro que antes conocería tan alta disciplina, en sus fecundos estudios de Barcelona. Su concepto de la filosofía lo expresó Duarte en la que Pedro Henríquez Ureña llamó frase de sabor griego: "La política no es una especulación, es la ciencia más pura y la más digna, después de la filosofía, de ocupar las inteligencias nobles". Es evidente que en todos los escritos del patricio asoma el pensamiento filosófico. Darle tan alta calidad a la política, colocarla entre las ciencias más puras, revela al hombre de ciencia que fue Duarte.

Asombra la primacía que se le daba a las ciencias en la escuela dominicana. Valga el sorprendente ejemplo del colegio de San Luis Gonzaga, del meritísimo educador y filántropo Padre Billini, donde se enseñaba Metafísica, Lógica, Teología, Derecho Canónico, Matemáticas, Geografía, Historia, Gramática, no sólo la castellana, sino también la francesa, la inglesa, la italiana, la latina y aún la griega.

Las ciencias no faltaron en las escuelas dominicanas en los princi-



pios de la República. En su discurso inaugural del Colegio de San Buenaventura, en 1852, el poeta Félix M. Delmonte hizo fervientes elogios de las ciencias.

En el Instituto del Cibao, fundado en Santiago en diciembre de 1853, se enseñaron, entre otras asignaturas, Religión, Aritmética, Matemáticas puras, Cosmografía. En los mismos días, en diciembre de 1853, se creó en la misma ciudad el colegio de Santiago, dirigido por Manuel María Valencia. Se daba allí un curso de Gramática castellana y de la latina y la francesa y también un curso completo de Teología moral y Liturgia.

Las ciencias no podían faltar en nuestras universidades, en las que se enseñaban la Filosofía y la Teología, que tenían como fundamento las doctrinas de Santo Tomás de Aquino. Según la tradición medieval, las universidades españolas se dividían en cuatro facultades: Teología, Derecho Civil, Canónico, Medicina, Artes, las siete artes liberales, el trívio: Gramática Latina, Retórica y Lógica; Aritmética, Geometría, Música y Astronomía, designada entonces, como indica Henríquez Ureña, con el arcaico nombre de Astrología. Las lecciones se explicaban en Latín, salvo la Medicina.

En la enseñanza universitaria, huelga apuntarlo, prevalecían las ciencias. Es de admirarse la actividad científica de aquellos tiempos de auge de las universidades. El catalán Francisco Pujols, que a mediados del siglo XVIII había impreso en Cádiz una reveladora carta a nuestra Universidad, que él llamaba Universidad Literaria de Santo Tomás, donde había recibido su título de doctor en medicina y pedía, según Beristain, “que las cátedras no se den en las obras de Avicena, sino en el texto de Hipócrates y para la cátedra de Anatomía se tomen de la obra de Martín Martínez”, el maestro español de aquella época; todavía en los comienzos de la medicina moderna imperaba en Santo Domingo la Edad Media: volver a Hipócrates representaba progreso, como lo había sido siempre hasta el siglo XV. Para el conocimiento de la Medicina en Santo Domingo, de su práctica y de su enseñanza, nada más elocuente que los deliciosos e ilustrativos DISCURSOS MEDICINALES del Dr. Méndez Nieto, en la segunda mitad del siglo XVI.



En la colonia no dejamos de tener hombres de ciencia, como el Gobernador Solano y como el más docto de todos, el brillante racionero Antonio Sánchez Valverde, autor de la notable IDEA DEL VALOR DE LA ISLA ESPAÑOLA Y UTILIDADES QUE DE ELLA PUEDE SACAR SU MONARQUIA, y promotor del movimiento antiaristotélico en Caracas.

Puede afirmarse que en el país, aún azotado por las guerras, abundaban las instituciones de carácter científico. En el Seminario Conciliar de Santo Tomás, de 1848, de categoría universitaria, se enseñaba Medicina y Cirugía, Teología Moral, Teología Dogmática, Filosofía, Latinidad.

Por entonces existía en Santo Domingo la Escuela de Francés y de Latín de Mr. Perrot, fundada en 1855; y abrían sus puertas en 1860 la Academia de Santo Domingo y la Academia Militar; y surgía en 1883 la Academia de Náutica.

Entre los maestros de mayor cultura en el país, en esos años, destacaba el tratadista Alejandro Angulo Guridi, cuya notoriedad como jurista y como educador se extendió a otros pueblos, a Venezuela, a Chile, a Cuba, a Nicaragua. Allí anduvimos inútilmente, en Masaya, por el año de 1953, en busca de sus restos.

Cabe recordar la Sociedad Amantes de la Luz, aparecida en Santiago en 1874. En el inicio de sus sesiones, su fundador, el maestro Manuel de Jesús de Peña Reynoso, se refirió a la literatura, como decía, en sus dos acepciones, de las letras y de las ciencias.

Para la cultura dominicana, para el auge de las ciencias, fue un acontecimiento extraordinario la creación de la Escuela Normal de Hostos, en 1880, que le dió carácter científico al magisterio, ganándose el título de fundador de la Enseñanza Racional en la República. Hostos fue formidable hombre de ciencias, abarcadas todas en su poderosa inteligencia, desde la Moral Social hasta la Geografía Evolutiva, que eran aquí parte de su incomparable magisterio.



Los estudios universitarios recibieron también solemne impulso con la fundación del Instituto Profesional, de Monseñor de Meriño, de donde salieron abogados y médicos brillantes. A su vez, se formaban en París, por cuenta del Estado o por propia cuenta, médicos y doctores en jurisprudencia. Desde 1874 en adelante no pocos dominicanos se dirigen a París a nutrirse de ciencia. Los primeros son los médicos Alejandro Llenas y Juan Francisco Alfonseca, quien firmaba Alfonseca de París, el Dr. Arturo Grullón, el Dr. Ramón Báez, el Dr. Gautier, el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal; y los abogados Joaquín Ulises Alfau, Juan B. Pérez y José Antonio Jiménez. Fueron dominicanos que perfeccionaron sus estudios en Francia y que retornaron de allí convertidos en hombres de ciencia. En ese apogeo de la cultura no faltó la mujer, que contó desde 1881 con el Instituto de Señoritas, de Salomé Urefía, impregnada del amor a las ciencias difundido por Hostos.

Cabe mencionar aquí otros centros educativos en que prevalecían las ciencias: la Sociedad Médica de Santo Domingo, constituida en 1891 a iniciativa de Heriberto de Castro; y la Sociedad Las Ciencias Médicas, instalada en Santo Domingo en 1897, y la Asociación Médica de la Facultad Nacional, de 1907. A las ciencias pagó entonces su tributo la gran revista LETRAS Y CIENCIAS, del maestro Federico Henríquez y Carvajal.

Otras instituciones merecen caro recuerdo: la Sociedad de Estudios Psicológicos, creada en Santo Domingo en 1909; La Academia Colombina, fundada en 1915, que debía “propender al cabal desarrollo de su efectivo progreso científico” y el Colegio de San Sebastián, en La Vega, fundado en 1903 por el venerado Padre Fantino.

Acerca del conocimiento científico de la Isla contamos con los originales APUNTES PARA LA PREHISTORIA DE QUISQUEYA, del Dr. Narciso Alberti y Bosch, y con los opúsculos científicos del Dr. Rodolfo Cambiaso. El médico, hombre de ciencia, Dr. Alejandro Llenas, fue autor de diversos escritos de índole científica, como su ensayo, en francés, acerca del descubrimiento en Santo Domingo de un cráneo de indio ciguayo.



La arqueología no era olvidada en Santo Domingo entre los amantes de las ciencias: aquí se constituyó, en abril de 1902, la Sociedad Arqueológica Dominicana, que se empeñaba en crear un Museo Nacional.

Pero la obra de mayor resonancia en los trabajos físico-matemáticos de la época, fue la COSMICA, del docto profesor Osvaldo García de la Concha (1878-1930), donde expuso una teoría de la relatividad diversa en puntos capitales de la expuesta por Einstein. También fue aficionado a las ciencias el Dr. Heriberto Pieter, autor entre otros ensayos del mismo carácter de EL CASO MEDICO DE SCHUBERT. A esta pléyade de hombres de estudios perteneció el Dr. Luis Betances, autor de una voluminosa LA GRANULACION AUROPHIL; y de manera muy distinguida el polifacético Dr. Arístides Fiallo Cabral, médico, abogado, poeta, educador, filósofo, que dejó una inconclusa ESENCIA INTIMA DE LA GRAVITACION UNIVERSAL, una aventurada TEORIA DE LA NATURALEZA MICROBIANA DE LA URTICARIA y que se escribía con el más famoso sabio de su tiempo, con Flanmarión.

Hasta en la aeronáutica, la espectacular ciencia de nuestros días, hemos tenido cultivadores como el ingeniero vegano Zoilo Hermógenes García, inventor de un olvidado poliplano de escaso vuelo.

Cierto, como apunta el Dr. Joaquín Balaguer, que el dominicano hombre de ciencia que realizó una labor de mayor extensión, utilidad e importancia para la cultura nacional, fue el eminente botánico Dr. Rafael María Moscoso, quien dió a la estampa, en 1943, su voluminoso CATALOGUS FLORAE DOMINGENSIS, donde recogió el fruto de toda una vida consagrada al estudio de la flora de la isla. Publicó, además, otros trabajos notables: LAS FAMILIAS VEGETALES REPRESENTADAS EN LA FLORA DE SANTO DOMINGO (1897); EL PRESBITERO MIGUEL FUERTE (1936); EL DR. EKMAN, y BOTANICA Y BOTANICOS DE LA HISPANIOLA, ensayo en parte inédito.

En materia filológica y lingüística tenemos un nombres que señorea todo el orbe hispánico: Pedro Henríquez Ureña, quien no solamente trabajó en y para su patria, sino que fue maestro en los Estados Unidos, en México y en la Argentina.

Médico que ganó fama de hombre de ciencia fue el Dr. Fernando



Alberto Defilló, autor de un importante estudio acerca de la lepra en Santo Domingo, publicado en la PRESSE MEDICALE, de París, en 1926, y descubridor de las MONILIAS en las materias fecales. Libro saturado de ciencia es la inigualada Geografía de la Isla, del docto Lic. C. Armando Rodríguez.

En las últimas generaciones descollaron como hombres de ciencia, entre otros, el Dr. José de Jesús Jiménez, (1905); autor de PLANTAS NUEVAS PARA LA CIENCIA, PARA LA HISPANIOLA Y PARA LA REPUBLICA DOMINICANA, (1954); el Dr. Elpidio E. Ricart, autor de CONSIDERACIONES HISTORICAS SOBRE LA LEPRO EN SANTO DOMINGO, y el Ing. Emile Boyre de Moya, autor del libro MONUMENTO MEGALITICO Y PETROGLIFICO DE CHACUEY.

Asombra el número de hombres de ciencia que pasaron por Santo Domingo, particularmente en pos de nuestra riqueza minera. Basta mencionar los nombres de Teodoro Stanley Heneken, quien usaba el significativo pseudónimo de El Geólogo de Pontón; Sir Robert Schomburkh, el más docto científico que residió en esta ciudad, desde donde se comunicaba nada menos que con el sabio Humboldt, en cuya casa de Berlín se hospedaría cuando se ausentó de Santo Domingo; el docto geólogo Gabb, el explorador Ekman, el Barón de Eggers, el Dr. Ciferri, el Dr. Chardon; el nutrido grupo de científicos de los Estados Unidos que estuvo aquí en 1871 realizando estudios de sus diversas especialidades, y otras tantas notabilidades.

Con indudable acierto ha dicho el Dr. Max Henríquez Ureña que en la hora actual, los estudios filosóficos y científicos alcanzan cada día mayor auge y se hermanan a la actividad literaria que ha sido siempre la nota predominante en nuestra vida intelectual. Así el erudito alemán Von Aesch afirma que la relación entre la literatura y las ciencias exactas representan un problema que se ha abordado a menudo. Y apunta el hecho de que ciencia y literatura se tratan frecuentemente con extrema hostilidad y no se contentan hasta comprobar que ambas son, no sólo compatibles, sino que una necesita de la otra de modo fundamental.

Hemos tenidos matemáticos como García de la Concha; botánicos como Rafael María Moscoso; filósofos como Arístides Fiallo Cabral, sociólogos como Bonó. Entre nuestros hombres de ciencia y de letras, al estilo de Jovellanos, hemos tenido tres grandes figuras que no han



perdido su vigencia: Ulises F. Espaillat, Pedro Francisco Bonó y Emiliano Tejera. Junto a esta alta triada descollaría Hostos, otro Jovellanos.

En nuestras actividades culturales no debe faltar alguna ciencia que las eleve y magnifique, como lo vemos en los magistrales artículos científico-literarios de Félix Servio Ducoudray, lindantes con la obra de Pallister, POEMAS DE CIENCIA. No puede ser más lisonjero el porvenir de esta Academia, porque ella contribuye a fortalecer las raíces de nuestro espíritu, a enriquecer nuestra cultura; a darle mayor solidez y sustancia a nuestra producción literaria. Las ciencias nos apartarán de la rutina y de lo empírico, puesto que se está creando ese abono milagroso. Espaillat, devoto de las ciencias, hizo su más bella y veraz afirmación científica cuando exclamó: "Sembremos con lo que debemos sembrar: sembremos agua". Como Espaillat digamos que hay que cultivar las ciencias, sembrarlas en todas partes, en la tierra feraz y en la fecunda mente de los hombres.

Lástima grande que no quepan aquí, en esta escueta mención de las ciencias en Santo Domingo, tantos y tan ilustres nombres de escritores de hoy que le rinden culto devoto a las ciencias, como lo revelan sus doctas publicaciones.

En fin, las ciencias son sencillamente las más altas y nobles especialidades de la cultura. Dentro de esa magna órbita está la grande y bella misión de esta egregia Academia de Ciencias, ancho y luminoso albergue de la cultura dominicana.



Fragmento del discurso del Presidente de la Academia de Ciencias
de la República Dominicana,
DR. PEDRO TRONCOSO SANCHEZ,
en la Celebración del VIII Aniversario de la Institución
el 20 de diciembre de 1982,
y entrega al Lic. Emilio Rodríguez Demorizi
del Premio Anual de Ciencias de la Academia,
correspondiente a 1982.

No puede evitar la modestia y el temperamental retraimiento del Lic. Emilio Rodríguez Demorizi el que después de haber dado a la **publicidad más de 100 libros que dan cuenta de su titánica y constante investigación histórica, la sociedad dominicana por intermedio de órganos representativos, le reconozca, le honre, le agradezca y le aplauda la inmensa labor que ha realizado y continúa realizando.**

Desde hace tiempo se le rinden homenajes de admiración y apenas el mes pasado la Universidad Católica Madre y Maestra le otorgó el Doctorado Honoris Causa en razón de su obra portentosa. Ahora son los miembros de la Academia de Ciencias quienes al hacer sus evaluaciones para determinar la persona llamada a recibir su Premio Anual de Ciencias 1982 decidieron elegirlo a él. Es un Premio al trabajo que realiza desde los años 30. Es un reconocimiento a una obra ya hecha y un voto de confianza a una labor por hacer. El Premio Anual de la Academia se ha conferido tanto a hombres de ciencia de larga carrera como a jóvenes en la plenitud de la vida, como fueron los casos del economista Dr. José Luis Alemán, S. J. y del joven cientista Marcio Veloz Maggiolo. Tiene



pues el sentido de un galardón a un trabajo haciéndose y su promisor futuro.

Rodríguez Demorizi comenzó a publicar libros en 1938 pero sería interesante que alguien recordara, para perpetua memoria, la etapa anterior de su vida, la etapa en que fue sucesivamente un niño y un muchacho con extraordinaria inclinación al estudio y a la investigación, y con un constante afán de reunir y elaborar cuantos datos y noticias consideró de interés salvar para la posteridad. *

Sus primeras producciones fueron un tomo en que recoge poesía popular dominicana, una biografía del prócer trinitario Juan Isidro Pérez, un estudio acerca del poeta José María de Heredia, un ensayo sobre Luperón y Hostos, un itinerario de Hostos, Apuntes de viajes en los Estados Unidos y Colón en la Isla Española. Fueron obras publicadas entre 1938 y 1942. Después de esa época la producción bibliográfica de Rodríguez Demorizi ha sido verdaderamente caudalosa. La cantidad de documentos que ha venido dando a conocer desde entonces y que generosamente ofrece al público con sus prólogos, notas eruditas y comentarios, ha convertido en una ocupación relativamente fácil el trabajo de los historiadores y profesores de historia contemporáneos. Lo que éstos hubieran tenido que buscar en viejos archivos de la República y de otros países haciendo uso de una perseverancia y de una vocación paleográfica igual o semejante a la de Rodríguez Demorizi, se lo presenta éste ya servido en sucesivos libros con la necesaria claridad y el método apropiado.

De 1943 en adelante somete a la consideración de los estudiosos un copioso conjunto de libros sobre diversos temas: Colón en La Española, El Acta de Separación Dominicana, El Romancero Nacional, El Idioma Español en Santo Domingo, La Imprenta en el País, Maceo en Santo Domingo, La Primera Ciudad de América, Fábulas Dominicanas, Poesía de Scanlan, Cartas de Máximo Gómez, Hostos en Santo Domingo, Escritos de Luperón, varios tomos de documentos para la Historia de la República, Correspondencia del Consul de Francia, Páginas Olvidadas de Gastón Deligne, La Doctrina Cristiana de Fray Pedro de Córdoba, Samaná, Pasado y Porvenir; San Cristóbal de Antaño.



Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña, Discursos Históricos, Rubén Darío y sus Amigos Dominicanos, Poesías Juveniles de Pedro Henríquez Ureña, Refranero Dominicano, Papeles de Santana, Martí en Santo Domingo, Martí y la Patria de Darío, Martí y Máximo Gómez en la Poesía Dominicana, Papeles Dominicanos de Máximo Gómez, Invasiones Haitianas, La Era de Francia en Santo Domingo, Antecedentes de la Anexión a España, Relaciones Domínico—españolas, La Dificultad de Gobernar, Cronología de Trujillo, Bibliografía de Trujillo, Pseudónimos Dominicanos, Trujillo y Cordel Hull, Apuntes y Documentos, La Invasión Inglesa de 1665, Trujillo y las Aspiraciones Dominicanas, De Política Domínico—americana, La Marina de Guerra Dominicana, Cesión de Santo Domingo a Francia, La Intervención Militar Estadounidense, Colón y el Refranero, Familias Hispanoamericanas, Enciclopedia Dominicana del Caballo, Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas, La Comisión Investigadora de los EE. UU. en Santo Domingo en 1871, Próceres de la Restauración, el Cancionero de Lilís, El Cancionero de la Restauración, Diarios de la Guerra Restauradora, El Gobierno de la Restauración, Cuentos de Política Criolla, Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración, Escritos y Papeles de Espaillat, para la Historia de las Ideas Políticas Dominicanas. Papeles de Bonó, Baní y la Novela de Billini, El Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norteamérica, Homenaje a Mella, Riqueza Mineral y Agrícola de Santo Domingo, España y los Comienzos de la Pintura y la Escultura en América, Poetas contra Bolívar, El Libertador a través de la Calumnia, Las Ideas de Bien Patrio de Espaillat, Páginas Escogidas de Hostos, Cronología de la Universidad de Santo Domingo, Música y Baile en Santo Domingo, Pintura y Escultura en Santo Domingo, La Fundación de Baní, Lengua y Folklore Dominicanos, Caricatura y Dibujo en Santo Domingo, Mapas y Planos de Santo Domingo, La Nueva Fundación de Puerto Plata, Noticias Puertoplateñas, Derrotero de la Isla de Santo Domingo, Viajeros Franceses en el País, El Pleito Ovando-Tapia, Hojas de Servicios Militares, Relaciones Geográficas de Santo Domingo, Frases Dominicanas, La Constitución de San Cristobal, Milicias de Santo Domingo, Santo Domingo y la Gran Colombia, Bolívar y Núñez de Cáceres; Sociedades, Escuelas, Gremios, Cofradías y otras Corporaciones Dominicanas; Los Dominicos y las Encomiendas de Indios de la Isla Española. Ha escrito también una excelente biografía de Pedro Santana,



su muy celebrada novela *La Tertulia de los Solterones*, un tomo en torno a Duarte, otro sobre el patricio Sánchez y últimamente ha dado a la publicidad un libro homenaje a la memoria de Julio Ortega Frier.

Ha resultado larga esta muy suscita lista de los volúmenes publicados por nuestro galardonado de hoy, pero no he querido dejar de consignarla porque una de las más impresionantes características de la obra realizada hasta ahora por Rodríguez Demorizi es la increíble cantidad de libros de que se compone, peculiaridad que a mi juicio lo califica para incluirlo en cualquier concurso que algún día se celebre para honrar a los autores más prolíficos de todos los tiempos y de todos los países.

En los libros citados predomina, como se advierte, la investigación histórica en los aspectos político, económico y cultural, pero ellos también cubren los campos del folklore, la biografía narrativa, la novelística y las bellas artes. Sus méritos cualitativos, es decir, el valor paleográfico, el aumento de conocimientos, el método, la clasificación, el análisis y la valoración que enriquecen su desenvolvimiento, prólogos, notas e índices, así como sus virtudes del punto de vista literario, corren parejos con su cantidad y debieran ser expuestos en esta ocasión, pero lamentablemente la dosificación del tiempo lo impide.

Antes de terminar estas palabras y de poner en manos de Emilio Rodríguez Demorizi el Premio Anual de Ciencias de la Academia, correspondiente a 1982, uniré como ya es tradición, esta fiesta aniversaria con la cercana celebración del nacimiento de Cristo y el Año Nuevo para formular los cálidos votos de la Academia y más porque los bienes de la paz, la justicia y la salud cubran el haz de la tierra y alcancen a todos los que en ella habitan.





COLOFON

Esta primera edición de 1,000 (un mil) ejemplares de la separata contentiva del DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI AL RECIBIR EL PREMIO ANUAL DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS 1982, se terminó de imprimir en EDITORA TALLER, C. POR A., Isabel la Católica 309, Santo Domingo, D.N., República Dominicana, en el mes de junio de 1984.